



Año XLVII

Orihuela 1 Junio de 1929

Num. 1091

Fundador: D. ADOLFO CLAVARANA

Fuente de amor

Pura y reluciente como el cristal era aquella fuente que brotaba al pie de la montaña.

Como rica arteria que lleva el elixir de la vida, abríase por entre las lomas el musgoso cauce por donde descendían saltando sus espumosas aguas.

Corriendo estas sin interrupción día y noche, invierno y verano, aquí, eran fuerza que ponía en movimiento una máquina; allá, factor indispensable para una lucrativa industria. En la población abastecían las fuentes públicas y en la huerta formaban el codiciado raudal que fertilizaba las parcelas del pobre lo mismo que la rica hacienda del labrador pudiente.

Toda la higiene de la población y toda la riqueza de aquella huerta, con su arbolado de pomposo follaje y sus variados plantíos de oscuro verdor, dependían de aquel hilo de agua cristalina, que brotaba del seno de una oscura peña.....

* * *

Esta fuente de agua pura y abundante era de provecho común y todos la utilizaban.

En ella abrevaban los ganados, apagando su sed abrasadora en las tardes calurosas del estío.

De ella vivía el artesano y de ella se servía el industrial, reportando las pingües ganancias que les permitían una vida cómoda y holgada.

La salud de la población y las cosechas de la huerta, de ella dependían, y apesar de los beneficios que reporta-

ba la fuente, nadie reparaba en su capital importancia, ni en los costosos sacrificios que importó su alumbramiento.

Hubiera sido preciso que la fuente se secase y dejara de correr algún tiempo, para que los hombres se hubiesen dado cuenta de lo que la fuente valía y de la necesidad que de ella tenían todos los que la utilizaban.

* * *

Yo conozco otra fuente, fuente de amor inagotable, que brotó del costado abierto del Hijo de Dios, hecho hombre por nosotros.

De esa fuente divina brotó nuestro ser y el de todas las cosas que nos rodean y utilizamos para nuestro regalo y sostenimiento.

El hálito misterioso que dá la vida a las plantas, a los animales y al mismo ser espiritual del hombre, en esa fuente tiene su causa y origen.

De ella proceden las doctrinas sublimes que son luz de nuestro entendimiento, los nobles impulsos que inclinan la voluntad al bien y el vigor que nos hace fuertes contra todas nuestras malas pasiones.

Sin su savia conservadora se destruiría todo el orden social; perecería cuanto de grande y sublime hay en el hombre y todas las cosas, en fin, volverían a la nada de donde salieron.

Y, esto no obstante, los hombres no conocen ni agradecen los beneficios que esta fuente perenne les proporciona, a pesar de correr tan pura y tan clara ante sus mismos ojos.....

Y esa fuente es de tanto precio y vale tanto, que para que brotara fué

preciso que el Hijo de Dios muriese en una cruz y le atravesasen con una lanza su divino costado.

Tú, lector, por lo menos, piensa alguna vez que esa fuente existe y que esa fuente es El Corazón de Jesús, Nuestro Señor.

J. Maciá.

Había visto.....

Yo he visto una joven.

Era rubia... pero se había añadido cabellos que se ensortijaban sabiamente hasta en sus ojos.

De su cuello colgaba una mano... una mano de metal... una mano chata y mal recortada.

Miraba yo esa mano y recordaba haberla visto antes, colgando junto con otras baratijas del cuello de las negras de Africa.

—Es una mano de Fátima, me dijo la muchacha.

—¡Ahí ¿y usted sabe lo que significa?

—Sí... trae la buena suerte.

—¿Es usted turca probablemente?... (díjole notando su pobre superstición).

—No, me contestó algo contrariada. Me bautizaron en la Iglesia de X.

—No puedo creerla....

* * *

Yo he visto una muchacha...

Era ella morena... la cintura muy baja... andaba dentro de un traje que el año pasado se hubiera llamado simplemente peinador.

En su cuello llevaba una gran cifra, un número 13, el cual tenía cierto parecido con esos guarismos que se cuel-

gan a los gimnastas y a los caballos de carrera.

—¿Por qué no 14?, le dije.

—¡Cómo! ¿No sabe usted? El número 13... trae la mala suerte... se muere uno dentro del año!

¡Razón para no traerlo!

—¡No... porque así se corta la suerte! ¿Comprende?

Y empecé yo a recordar que en mis buenos tiempos concurrí a una conferencia de 13... Nos reuníamos alegremente cada mes y en catorce años nadie murió.

* * *

He visto una joven...

Tenía cierto airecillo cándido, impaciente y despreocupado y una cabellera de color indefinido.

Llevaba al cuello un collar de bolas de madera y en el brazo una pulsera de la cual pendía... un icochinito!

Y como mientras me hablaba y gesticulaba grandemente, yo veía el animal...

—¡Es de oro!, me dijo en tono modesto.

—¡Ah! ¿Es usted, probablemente la hija de la tocinera?

Ella dió un brinco.

—No señor... lo llevo... porque trae la buena suerte.

—¡Muy bien!

Y me quedé mirando a aquella pobre muchacha que cifraba todas sus esperanzas de felicidad... ¡en un puerquito!... (¡Dios santo!)

* * *

Yo he visto una muchacha...

Vino a pedirme que la casara con un joven discípulo mío de catecismo, a quien yo estimaba mucho.

Tomé, pues, mi libreta y comencé a buscar un día del mes de Mayo... el mes de las rosas tempranas... el mes de la belleza... el mes de la Primera Comunión... el mes de la Virgen Inmaculada...

Seguía la muchacha una a una, las páginas que yo iba volteando.

—Más lejos, señor cura, más lejos.

Es curioso... generalmente las novias me dicen siempre lo contrario: «¡No tan tarde, señor Cura, cásenos usted lo más pronto que se pueda!»

—Cierto; pero yo no quisiera casarme durante el mes de María.

—¿Y por qué no?

—¿No sabe usted? Dicen que eso trae mala suerte....

—¿De qué antro salió tal infamia?

Sin embargo, ¡ella la recogió y mis oídos la escucharon!

Opté por cerrar mi libreta y mostrar a mi visitante el camino de la puerta.

* * *

¡Oh, quien nos dará nuevamente la muchacha eterna, la joven que no lo sabe todo ni quiere saberlo... la joven mujer de frente pura y de mirar sereno!... que es rayo de sol en el hogar y ante la cual callan las frases que necesitan sombra... la joven que se afirma joven... que lleva pendiente del cuello, con indecible orgullo, la simple cruz o la casta medalla...; aquella que; en nuestras iglesias, luego es reconocida por nuestros abuelos, porque se asemeja a las que todos ellos conocieron... a Juana de Arco... a Geneveva... a la Virgen María que tanto amaron, a la que levantaron catedrales maravillosas y llamaron con tierna piedad de niñas «Nuestra Señora».

Sí, ¿quién nos dará esa joven, ese tesoro de gracia doméstica?

Es ella, no otra, la que buscan nuestros jóvenes de hoy..., los que no se divorcian y esperan estar siempre orgullosos de la madre de sus hijos.

* * *

Hace días, un muchacho de mi parroquia, volvía de una reunión; su madre, que ardientemente desea casarlo, lo interroga:

—Vamos, cuéntame algo de tu fiesta. ¿Qué jóvenes viste en el salón de nuestros amigos?

El comenzó a enumerar: Había visto a la pequeña N, de organdí rosa con un gran moño en su espalda.

Había visto a la señorita B, de verde jade con *paniers* que se mecían, se mecían... ¡barcarol!... ¡barcarol!...

Había visto a lo golda. Y, de crespón negro; porque lo negro... le va muy bien...

Había visto... etc... etc... ¡El pobre ya no se acordaba!

—Su madre lo escuchaba, mirándolo fijamente.

—Vamos, confiesa... ¿seguramente había algunas guapas?

—Ya lo creo, casi todas...

—¿Y no encontrastes alguna de tu gusto?

El muchacho reflexionaba, no queriendo bromear sobre asunto tan gracioso y temible.

—¡Pues bien, no, ciertamente, no!

Su madre entonces le dijo:

—¡Temo que sea demasiado difícil! Vamos, dime ¿cómo te imaginas a la mujer que buscas?

Entonces, —¡oh suprema recompensa!— el muchacho fué hacia su madre, y enlazándola con sus brazos y mirándola a su vez fijamente le dijo:

—¿Qué cómo me la imagino? ¡Como tú, madre querida!

La mujer de mis sueños tiene que parecerse a tí! ¡Es que te conozco y... comparo!

Pierre L' Ermite

Eduardo VII y la Campesina.

Eduardo VII, el padre del actual rey de Inglaterra, iba un día, siendo príncipe de Gales, por una carretera guiando un cochecito. Una pobre mujer, que iba por el mismo camino agobiada bajo una enorme cesta de frutas, le llamó a grandes voces:

—¡Señor; señor! ¿Va usted a pasar por el pueblo?

—Sí, allá voy.

—Entonces, ¿quiere usted hacerme el favor de llevarme esta cesta a la primera tienda que hay a la entrada, que yo la recogeré cuando llegue?

—Con mucho gusto, dijo el príncipe ¿Pero no le convendría a usted mejor vendérmela? ¿Cuanto quiere usted por ella?

—Tres chelines.

—¿Tres chelines? No los llevo. Pero le daré a usted el retrato de mi madre.

La mujer se encogió de hombros.

—¿Y para qué quiero yo el retrato de su madre? ¿Qué quiere usted que yo haga con él?

—Lo que usted quiera; tómelo, dijo el príncipe riendo y puso en la mano de la asombrada campesina una libreta esterlina con el busto de la reina Victoria.

CASOS Y COSAS

Los extranjeros que vienen a las Exposiciones de Barcelona y Sevilla salen de ambos grandes certámenes no sólo satisfechos, sino admirados y hasta pasmados. ¡España es grande y ha sido grande! exclaman.

Se les llenan los ojos con las obras estupendas del arte antiguo y del arte moderno; se hacen lenguas alabando las instalaciones españolas...

¿Pues qué creían?

Quizá algunos pensaban que venían a recorrer una España de panderetas y corridas de toros y de salteadores de caminos; quizá creyeron que aquí encontrarían las emociones de lo truculento... El fantasma de la leyenda negra es para muchos extranjeros un capítulo incuestionable de la historia española.

¡Se han engañado!

En lugar de panderetas, toros por las calles, salteadores de caminos y alborotadores de ciudad, se han encontrado con un pueblo trabajador, que ha sacado de sus bien guardadas arcas, ropas riquísimas y relicarios espléndidos y códices de veneranda antigüedad, es decir un tesoro, que demuestra una cultura secular, no igualada por nación alguna, ni por la misma Italia.

¿Como iban a imaginar los extranjeros que han oído hablar de la inquisición de los siglos XV, XVI, XVII y XVIII; de nuestro atraso intelectual; de nuestro trogloditismo (vaya palabreja) cómo iban a imaginar las grandes reservas artísticas que nos quedan de esos tiempos, en las cuales no solamente aparece una legión de artistas nacionales los mejores del mundo, sino que nuestros abuelos viajeros incansables, compraron y trajeron a España las obras de los mejores artistas, convirtiendo a España en un gran museo?

¡Ah, y tal vez no recuerden que sobre el suelo español pasó el ciclón de las huestes napoleónicas arrasando tesoros de incalculable valor.

Y no recordarán que después de las huestes napoleónicas vino la nube de los desamortizadores, los cuales pusieron sus uñas en los restos que habían dejado las hordas invasoras!

¡Todo el siglo XIX con sus grandes calamidades no pudo acabar con las grandes reservas del arte español y aun ha podido el siglo XX, con los restos de aquellos naufragios, ofrecer al mundo los tesoros de las Exposiciones de Barcelona y Sevilla! ¡Gloria al pueblo que ha sabido ser tan grande!

¡Gloria a la España cristiana, con su arte cristiano, con su gran tradición cristiana!

En Italia han prohibido los concursos de belleza.

Mussolini ha dado en el clavo. Vaya por otras veces que da en la herradura.

Los concursos de belleza constituyen el más despreciable rebajamiento de la belleza misma.

Toda belleza humana, valorada y numerada, pasa a la categoría de cosa.

Y una mujer, no es, ni puede ser tratada como cosa.

El concepto de la dignidad de la mujer, se rebaja.

De los concursos a las compra-ventas, no hay más que un paso.

¿Y qué hacen esas feministas no arañando a los que de manera tan indigna rebajan a la mujer?

Ese sería un feminismo aceptable.

Mussolini ha pronunciado otro discurso hablando de la paz de Letrán.

Mussolini no se contenta ya con hablar en estadista, habla también en teólogo.

El estadista lo hará bien; pero el teólogo..., sencillamente, no sabe teología y el que habla de lo que no sabe, la yerra.

Mussolini dice que solo el Estado puede dar la instrucción religiosa necesaria...

El Duce quiere para el Cesar, lo del Cesar y lo de Dios.

¿No es mucho Cesar y poco Dios?

La instrucción tampoco, según Mussolini, pertenece a la familia; la familia moderna no puede dar instrucción a nadie. Esa tarea es del Estado.

Eso es el estatismo; la tiranía del Estado, anulando al individuo y a la familia. Eso se sale del campo de la dictadura para entrar en el de la tiranía.

Ahora, que puede ser que mañana cambie de pensamiento el Duce.

Y si no cambia peor para él.

El estado fascista será un estado de víctimas.

A. Hernán

La taberna

¡Ay, ay, ay! querido mío, ¿sales de la taberna? ¿ya te has empezado a meter en la taberna? ¡Hombre perdido! Créeme y ten presente esta sentencia: *¡Hombre al vino, hombre al agua!* Porque más, muchos más hombre ahoga el vaso de vino que el agua del mar.

¡A la taberna! ¿No sabes, hombre, que la taberna es el árbol de todos los males? El ministro de Gobernación ha mandado cerrar las tabernas los domingos, y ha hecho mal, porque debería haberlas cerrado (si no es para despachar vino, sin permitir sentarse a beberlo) además de los domingos, los lunes, y además los martes y todos los tres días siguientes, y en fin, sobre todo, después de los domingos, los sábados. Os hubiera hecho un favor incomparable. Pero ¡buenos os hubiérais puesto los que tenéis afición a la vinaja y los que sacan su vida de vuestra afición a la taberna!

En la taberna todo es malo.

Malo el vino. Porque en la taberna queréis mucho y barato y hay que dároslo malo, y tal que la mayor fortuna vuestra será que no tenga más que agua. Porque el tabernero que no echa... vino al agua...

Mala la compañía. Porque la taberna es el fondo donde se posan las heces de la sociedad, con las cuales por fuerza tendrás que alternar. Mozos desvergonzados, viejos viciosos, mozas descaradas.

Malo el crédito. Porque ¿que concepto te parece se puede tener de un hombre que va a donde van los más pillos, los más rebajados, los más groseros de la sociedad? ¿Y sabes lo que es el crédito para un hombre? La mitad, casi toda la fortuna.

Mala la conversación y mala la lengua. Allí se habla lo más descarado y bajo que se puede decir. Conversaciones contra Dios, contra curas y frailes,

contra la virtud y la honradez, contra la autoridad y la pureza. Lluvia de groserías, de deshonestidades, de blasfemias, de dichos infames, sobre todo cuando el vino se evapora y sube a la cabeza.

Malos los juegos. En especial esa sebosa baraja cuyo mugre se ha formado a fuerza de enjugar vuestros pobres ahorros, y raspar vuestro tiempo y vuestra decencia.

Malo el aire. Una atmósfera corrompida que atosiga vuestros pulmones, embarulla vuestras cabezas y envilece vuestros corazones, metiendo en vuestros espíritus desvaríos de torpeza, instintos de animales, inclinaciones de brutos.

Malo el despifarro. Porque en la taberna se gasta sin ton ni son el ahorro de toda la semana. El sábado para celebrar el cobro gastáis un buen pico, y el domingo gastáis doble que el sábado. Y ¡claro está! el vino solo es muy soso, viene después el bacalao, el pan fresco, el pimiento asado... si es que os contentáis con esto; porque en las tabernas se pone a vuestra disposición la merluza frita, el cordero dorado, el pollo asado, el exquisito queso fresco, y hasta el fino espárrago, el melocotón de a media libra, los delicados manjares que sólo pueden permitirse los afortunados, pero que vosotros, aguijoneados por el picor del vino, pedís en la taberna, aun a riesgo de gastar en golosinas y finuras, el pan y las patatas de vuestra mujer y de vuestros hijos.

Malo el retiro. Porque una vez tomado el primer vaso de vino quedáis sujetos ¡hasta beber el último! y este último ¡viene las más de las veces tan tarde!... ¡Mal rosario, mala cadena, interminable tras el de las copas y los vasos! Se ve dónde comienza y muchas veces no se sabe dónde acaba. Prolongáis muchísimas tardes hasta las noches, y hasta las madrugadas acaso, sin acordaros de que tenéis casa, de que os espera la mujer, de que os desean vuestros chiquillos, cuyo cariño os roba la taberna.

Malo el humor. Al volver a casa, claro está, veis malas caras, y como venís tan alborotados os alborotáis más y alzáis la voz el brazo, y en el brazo acaso el palo, acaso la silla, acaso algo más... y al estrepitoso acompañamiento de blasfemias de diablo vuelan por los aires todos los utensilios de vuestra casa, con gran regocijo de la discordia que os azuza el corazón desequilibrado por el alcohol de vuestro mal vino.

Malas las costumbres. Porque la taberna es escuela de las peores. Los hombres de peor vida ya se sabe que

desembocan como el agua de una alcantarilla en las tabernas, y de las tabernas en las casas de peores costumbres. Imposible que los que en ellas viven no se dejen arrastrar más o menos de la misma cenagosa corriente a los lodazales del vicio. La taberna es no se puede negar, la escuela de todos los vicios más abominables.

Mala la salud. Porque nada la estraiga tanto como el abuso de vino y la atmósfera envenenada de los garitos con sus fritos picados y asados rancios.

Mala la vida. Porque mala es la que con todo lo que llevamos dichos lleva el amigo de la taberna.

Mala la muerte. Muchísimas veces la taberna es la puerta de las cárceles, de los hospitales, de la miseria, de la deshonra. De cien crímenes que se hayan cometido, los cincuenta por lo menos se han tramado en la taberna y se han cometido al salir de la taberna. ¡Cuántos domingos y cuántas ¡fiestas acaban en crimen por la noche! ¡Cuántos vinos se convierten en sangre al salir de la taberna!

Mala, por fin, la enmienda, porque si llegas a contraer el vicio de la embriaguez, será muy difícil que te enmiendes. De todos los vicios se enmienda uno más fácilmente que del juego y del vino. ¡Ay de la que se casa con un bebedor o un jugador! Malos días le aguardan a ella y a sus hijos.

Amigo mío, te lo dice uno que te quiere, no vayas a la taberna.

¿Es que quieres beber? Lo comprendo. El agua es triste; es verdad. Sin embargo, no bebas demasiado vino. Pero, bebas lo que bebas, bébelo en casa. Prefiero que bebas en casa dos litros más que un cuartillo en la taberna. Bébelo con tu mujer, bébelo con tus hijos; bébelo si quieres con algún amigo. Pero en casa y no en la taberna.

Porque si bebes en casa de seguro que beberás menos. Pero aunque bebas lo mismo y aunque bebas más por lo menos no estarás expuesto a beber tantos vicios, tantas blasfemias, tantos crímenes como en la taberna, que juntamente con los vinos, salen de las tinajas, y junto con el ambiente se meten en los pulmones.

Oh amigo, si quieres a tu mujer, si quieres a tus hijos, si te quieres a ti, y deseas una vejez decente, no vayas a la taberna.

¿Y después?

¡Oh la poesía de la vida estudiantil! Vida inquieta, bullanguera, especialmente en París, en el siglo XVI. Sin

embargo allí, un grupo de jóvenes se distinguía por su piedad y austeridad. Un estudiante ya entrado en años conserva y aumenta el fuego sagrado en aquel grupo. Sobresalía entre ellos un joven navarro, Francisco Javier, admirado por su destreza en las disputas y por su agilidad en la danza. Una secreta simpatía enlazaba al brillante joven con el maduro estudiante. Con la confianza de la juventud, contaba un día Javier sus proyectos a Ignacio.

«¡Niño, un año más y seré doctor in utroque»

¿Y después?

Ya me tienen prometida una cátedra en la universidad».

¿Y después?

Me casaré con la señorita... Y murmuró al oído de Ignacio el nombre de una linda parisina.

¿Y después?

Constituiré mi nidito en el rincón más tranquilo y más agreste del Bois de Boulogne.»

«¿Y después?»

«Allí en la calma del campo me dedicaré a escribir libros que me darán mucha fama.»

«¿Y después?»

¡Hombre! te haces pesado con esa pregunta. ¿No podrías cambiar de asunto?

«Contéstame primero a mi pregunta.»

«Después!, Después...»

Voy a contestar yo por tí. Después vendrá la vejez con sus achaques, luego la muerte con sus desengaños. ¿De qué te servirán los libros, la cátedra, el nidito tranquilo, si no has servido a Dios? ¿De qué le aprovecha al hombre ganar todo el mundo, si pierde su alma?»

Javier quedó pensativo. Desde entonces para hablar con Javier ya no había que buscarle en los salones, sino en un rincón de alguna solitaria iglesia donde hacía oración.

Un buen libro convirtió a Ignacio, un buen amigo convirtió a Javier.

Después de leído este periódico, no lo tire ni lo rompa, delo a leer.

Imp. La Lectura Popular.—Orizuela